

MARTINCHO Y SU AMOR AL TERRUÑO



Martincho era el hombre más feliz del mundo, el más feliz entre todos los hombres. Sí señor; Martincho, con su boina sobre la nuca y la bondad en el rostro, reía á carcajadas siempre que hallaba interlocutor, fuera este misántropo, estúpido, soberbio; y hasta cuando no tenía con quien perorar, el buen Martincho soltaba cada risotada, que todos, viejos y niños, volvíanse á mirarle y concluían tambien ellos por reirse, acaso de compasión, tal vez de burla. Pero era el caso que ellos reían, lo importante para Martincho, el cual, meditabundo á su modo, sacaba en consecuencia que la risa es comunicativa como el llanto, descubrimiento que el buen linternero tenía á bien sazonar con una monstruosa carcajada....

He dicho que Martincho era linternero, y efectivamente, tenía abierto un taller en el callejón más húmedo, más silencioso y más típico de la parte vieja de esta hermosa Iruchulo, y como el taller era pequeño y oscuro, y el trabajo muy escaso, he aquí que Martincho se pasaba las mejores horas del día en la puerta de su taller, con las manos cruzadas sobre el pecho, la boina sobre la nuca y una gran carcajada en los labios. Pero sucedió que, como todos consideraban al sonriente linternero el hombre más feliz del mundo, y como la gente envidiosa, (¡Dios nos libre del mal!) dió en decir que Martincho era perezoso y rico por añadidura, nadie se tomaba el trabajo de llegar al obscuro taller con una marmita sin asa ó una cacerola sin fondo, de donde Martincho se quedó sin un pedazo de zinc que golpear, por falta de trabajo, y sin un pedazo de pan que engullir, por falta de dinero. Cuando Martincho hizo este descubrimiento, soltó una carcajada, más resonante que ninguna, y salió á la calle, con los

brazos cruzados sobre el pecho, la boina en la nuca y la bondad en el rostro.

II

El buen Martincho pidió protección á un su herrmano que con regular fortuna traficaba en América, pues de no obrar así pronto hubiera dado con sus huesos en tierra. Más de una vez quiso hablar de sus negocios, condolerse de su suerte endiablada, pero como todos, chicos y grandes, eran amigos de Martincho y le conocían á fondo, tomaban á broma sus tribulaciones, y Martincho, el buen Martincho, con el estómago vacío y vacilantes las piernas, se embarcó en un buque francés, sin más apoyo que el de sus fuerzas ni más fortuna que su sonrisa. ¡Y cómo se reía el licenciado linternero cuando entre los trastos del muelle daba rudos apretones de manos á sus numerosos amigos, numerosos como los desengaños! Pero una vez en el buque, y puesta en movimiento la gigantesca máquina, cuando los amigos y las casas, y las verdes colinas, y las salvajes crestas del pirineo basco fueron desapareciendo en lontananza, Martincho, con un brusco y nervioso movimiento, echó sobre su frente la boina y en sus labios, pálidos y temblorosos; dibujóse la tradicional sonrisa, pero tan incierta y breve, que más semejó un sollozo.

Veinte días de navegación son muy largos, y á Martincho le parecieron siglos, tanto más crueles cuanto entro todo el pasaje del buque trasatlántico no encontró nungun compatriota; y como no se resignaba á estropear el castellano ni á adivinar el francés, se entretenía en dialogar con las olas, y estas, muy solícitas, contestaban á sus amigables apóstrofes con el lenguaje de un titán vencido. Estas pláticas salvajes volviéronle el buen humor y de sus labios rojos volvieron á salir, como protesta á los achaques del infortunio, las más alegres carcajadas: la boina, invariable, cayó sobre la nuca como muestra de satisfacción.

III

Llegó el buen linternero á la América y acogídose que hubo al hogar de su hermano, notó al instante que éste, efecto de la

prolongada ausencia (más de veinte años) habíase transformado en un extranjero muy rico, muy estirado, muy soberbio: descubrió además en su hermano cierta frialdad, hija de su carácter especulador, y esto, unido al aturdimiento que le causaba el constante estrépito de la ciudad populosa, le hizo caer en una vaga melancolía impropia de su temperamento bullicioso. Excusado es decir que su eterna carcajada desapareció para siempre, dando lugar á una sonrisa triste, desesperada, simbolo perfecto del desengaño de la vida. Como en tal estado de abatimiento moral era inutil para todo negocio y aun para trabajo todo, su hermano con pecaminosa rigidez, le dió plaza de pastor en una propiedad suya perdida en las desiertas pampas argentinas: de este modo se quitó un estorbo de encima.

Al verse en el campo, Martincho tendió su mirada ansiosa por aquella infinita llanura, mas al ver su monótona extensión, su grandiosidad uniforme, dobló la frente con un movimiento resignado y dejó que su caballo le llevara al lugar de cautiverio... ¡Pobre Martincho! Sentado á la puerta de su cabaña, expuesto á los rayos ardientes del sol americano, dejaba transcurrir los días con la sombría tranquilidad del desesperado, y como una lámpara exhausta de combustible que languidece por momentos y al fin espira, dejó de existir mansamente, sin convulsiones, una mañana en que la extensa llanura despertaba á la luz y á la vida. Con la vieja boina caída sobre la frente y los brazos cruzados sobre el pecho, le hallaron muerto, tendido junto á la puerta, abismada la atónita pupila en la contemplación de un horizonte y un placer lejanos: aun muerto sonreía, con su sonrisa estática, perenne, fruto tal vez de un recuerdo venturoso, ¡de su amor al terruño!

JOSÉ M^a. SALABERRÍA.

